

ra; en el capítulo V (*Una nueva interpretación de la literatura española*) la disposición de la materia y la trabazón entre sus apartados se distiende un tanto: abunda de forma desproporcionada la noticia sobre aspectos culturales externos; de igual manera, en el apartado 7.2. (*Croce y Vossler en España*) se concede una gran atención y pormenor a la anécdota de aspectos biográficos y culturales externos, que no guarda correspondencia con un fin que se muestra magro: la relativa influencia de Vossler en España. Sobre estas puntualizaciones es preciso confesar que si estos aspectos se perciben es, en buena medida, porque el resto de la investigación acostumbra a un alto nivel de rigor intelectual.

Medio siglo de filología española, en fin, se suma de manera suficiente y necesaria al conjunto de obras que atienden a la exposición y análisis de las características de épocas o construcciones culturales (entre las que bien podría citarse *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII* de F. Lázaro, como título relevante, y con el que la obra de José Portolés presenta algunos puntos de afinidad); obras éstas en las que, desde luego, se sobrepasa la mera erudición, se profundiza buscando lo esencial de metodologías y realizaciones a fin de cimentar con acierto investigaciones futuras, y se contribuye con ello a una tarea del mayor interés como es la de llevar a cabo la configuración de nuestra historia intelectual.

MIGUEL ANGEL MURO

Colegio Universitario de La Rioja

AGUILAR PIÑAL, F., *Un escritor ilustrado: Cándido María Trigueros*. Madrid, C.S.I.C., 1987.

Todos los dieciochistas que seguimos la brillante trayectoria investigadora de F. Aguilar Piñal ya conocíamos su interés por Cándido M.^a Trigueros, fruto del cual es una larga serie de publicaciones iniciada en 1963. En las mismas ya nos había ido descubriendo aspectos inéditos o poco conocidos de un autor que merecía ser rescatado del olvido o menosprecio. Y éste es uno de los objetivos básicos de la presente monografía, que culmina toda una trayectoria investigadora tendente a «deshacer repetidos errores y reivindicar para la Historia de la Ilustración en España uno de sus más cualificados representantes». El objetivo se ha cumplido sobradamente gracias a un libro que presenta, sin entrar en juicios valorativos, las múltiples facetas de un Cándido M.^a Trigueros que ejemplifica no pocos de los aspectos propios de nuestra Ilustración.

Trigueros hasta ahora no había tenido demasiada suerte con una crítica centrada exclusivamente en las pocas figuras cumbre de la Ilustración. Pero la misma no puede ser circunscrita a unos pocos nombres ilustres y si se pretende conocerla en profundidad es necesario acudir a autores como el sevillano que, sin ser secundario, forma parte de ese grupo selecto de personas que hicieron realidad todo lo que de renovación cultural tuvo la Ilustración española. Prueba de ello es una obra polifacética fruto de una enorme curiosidad y una incansable actividad. «Todo le interesa; nada le es ajeno» (p. 72), afirma Aguilar Piñal, y el propio Trigueros se autodefinía así: «Soy un hombre aplicado, que en

todos los géneros que puedo hago lo que puedo; me esmero en seguir las pisadas de los buenos, no soy díscolo ni acometedor, anhelo con ansia el adelantamiento de mi nación y aborrezco todos los verdaderos obstáculos que le retardan: éstos son mis méritos, y estos los conozco, pero en ningún asunto me juzgo un oráculo, ni un maestro infalible» (p. 172).

Tal vez a Trigueros le faltó destacar especialmente en algún aspecto, pero queda una obra siempre digna que se ocupa de los temas propios de un ilustrado de la época. Aguilar Piñal la presenta con lujo de detalles y en una de las recapitulaciones de su investigación llega a afirmar: «Si sus disertaciones históricas, epigráficas o filológicas son suficientes para situar a Trigueros en lugar de honor entre los eruditos españoles del XVIII, aún quedan suficientes muestras de su actuación en otros ámbitos de la política cultural sevillana de la época para colocarlo en la vanguardia del movimiento ilustrado como apologista de las glorias nacionales, animoso reformador de los estudios, defensor a ultranza de la ciencia experimental, debelador de la escolástica, ilusionado propulsor de reformas económicas, redactor incansable de proyectos de utilidad social, colaborador entusiasta de Olavide en la nueva orientación poética y dramática de nuestra literatura» (p. 57). Y todos estos aspectos forman el entramado de un libro que supone un recorrido completo a través de la obra de quien la crítica tradicional sólo había comentado alguna de sus polémicas o el escándalo de *Los menestrales*, comedia que debería ser editada de nuevo para conocer mejor un episodio clave de la historia del teatro de la época.

Tras una extensa biografía del autor donde se emplea una abundante documentación de primera mano que nos revela su intensa actividad tanto en Sevilla como en Madrid, Aguilar Piñal inicia el citado recorrido con un capítulo dedicado a las producciones poéticas, herederas de los ideales de pureza lingüística del siglo XVI y puestas al servicio de un ideal filosófico. Sus obras teatrales tuvieron tal vez mayor repercusión. Tradujo tragedias y comedias, pero destaca especialmente por su participación en la tertulia de Olavide que dio origen a *El precipitado*, comedia sentimental básica para comprender la génesis del género en España y de la que, tras brillantes estudios como los de Russell P. Sebold, se ha anunciado una inminente edición a cargo de la profesora Piedad Bolaños. Asimismo es conocida la polémica desatada por *Los menestrales*, comedia de la que Aguilar Piñal pone de relieve su significado ideológico y literario. Finaliza este capítulo con el comentario de sus entremeses, sainetes, oratorios pastoriles inspirados en Metastasio y refundiciones puestas al servicio de los ideales reformistas que defendía Trigueros en la polémica teatral de la época.

El autor sevillano también cultivó la narrativa con una serie de novelas cortas de intención moralizadora, y ejerció la crítica literaria con discursos académicos, prólogos a obras propias y ajenas, colaboraciones en la prensa y polémicas. Todo ello es analizado en los dos últimos capítulos de un libro que se completa con tres apéndices documentales.

En definitiva, nos encontramos ante un libro que hace justicia a la amplia obra de un autor que fue protagonista ejemplar de la Ilustración española en múltiples facetas. El estudio pormenorizado de Aguilar Piñal, que esperamos ver completado con la edición crítica de los textos más destacados de Trigueros, nos permite superar viejos prejuicios sobre un autor al que tal vez le faltó escribir la obra que le hubiera consagrado, pero que siempre mantuvo un nivel estimable en todos los campos a los que le condujo su curiosidad enciclopédica. Su infatigable labor contribuyó decisivamente a dar cuerpo, a hacer realidad una Ilustración que hoy conocemos mejor gracias a una investigación largamente meditada y elaborada y que ha tenido su brillante colofón en el volumen reseñado.